

La primera guerra mediática: la prensa en la guerra de Cuba

Artículo publicado en Calvo Pérez, Julio (ed.), *Contacto interlingüístico e intercultural en el mundo hispano* (dos vols.), Vol II, Valencia, Universidad de Valencia, 2001. Págs. 803 – 811.

Guillermo López García

Universidad de Valencia

1) Introducción

La Guerra de Cuba es un conflicto que, independientemente de razones conmemorativas (hace bien poco que se celebró el centenario de la derrota de España frente a la nueva potencia emergente, los Estados Unidos), resulta de particular interés para el recuerdo. Y ello por diversos motivos:

- La pérdida de Cuba supuso para España el fin de su imperio colonial, de su condición de potencia en el orden mundial (si bien el país había perdido esta consideración *de facto* muchos años atrás). Pero, aún más importante, la derrota ante los Estados Unidos fue el abandono definitivo de la relación de España con el Nuevo Mundo en términos coloniales, es decir, de orden económico. A partir de ahí comienza la oportunidad de evaluar los resultados de esta relación, prolongada durante cuatro siglos, de la metrópoli y sus colonias, y también es el principio de la necesidad obvia de reformular el diálogo con el continente americano, una vez ha terminado la relación de dependencia de los territorios conquistados respecto a la Península. Proceso este, el de acercamiento a la nueva cultura latina que con efervescencia se desarrolla al otro lado del Atlántico, que ahora y no antes, constreñida España por las vicisitudes históricas (guerra civil, dictadura, ...), puede producirse con normalidad.

- Por otro lado, y en relación directa con el apartado anterior, la derrota española determinó directamente la generación de un poderoso movimiento de autocrítica y de replanteamiento de la función de España como país y como cultura que en primera instancia se materializó en el surgimiento del Regeneracionismo y que posteriormente afectaría a todos los órdenes de la vida política, social y cultural. La Guerra de Cuba es el comienzo, en cierto sentido, de la España moderna, alejada de ridículas pretensiones imperialistas en que por muchos años se hundió el país y empeñada en aprovechar sus especiales características culturales para ejercer de puente entre los tres continentes que le son profundamente afines.

- Por último, la Guerra de Cuba es importante porque es la primera Guerra moderna

en el sentido mediático del término, esto es, se trata de la primera guerra en la que influyó poderosamente la opinión pública expresada a través de los medios de comunicación, con la especial implicación y relevancia de la prensa. Es este tercer apartado, ampliamente estudiado pero que sigue conservando indudablemente su interés, el que me propongo comentar aquí brevemente.

2) Contexto histórico

"En Cuba -'la colonia más rica del mundo'- se concentraban los vínculos emocionales e intereses económicos más fuertes. 'Los españoles -decía el ministro de Asuntos Exteriores en 1848- preferirían que la isla se hundiera en el océano antes que verla en manos de otra potencia'". (Carr,1984: 365)

Esta cita del conocido estudio de Raymond Carr sobre la historia contemporánea española nos sirve de adecuado punto de partida para llegar a comprender siquiera parcialmente los motivos que llevaron a España, una potencia de segundo orden, a comprometerse en una guerra perdida de antemano. Los españoles aunaban intereses de tipo económico con razones puramente sentimentales para justificar la defensa a ultranza de su posesión de la isla. Frente a la pérdida de la práctica totalidad de las colonias americanas a principios del siglo XX, Cuba era el único recurso al pasado, el resto de una historia pretendidamente gloriosa, una enorme fuente de ingresos económicos y un motivo de orgullo en términos coloniales.

El débil Estado español, por tanto, empujado por la opinión pública (alentada a su vez por la prensa, como más tarde observaremos), incrementó paulatinamente su presencia militar en Cuba, endureciendo, al mismo tiempo, el trato a los insurrectos cubanos y a la mayoría de la población, que apoyaba el levantamiento. Las discusiones llevadas a cabo para conceder una amplia autonomía a la isla se vieron enturbiadas por las maniobras de Estados Unidos y por los ricos comerciantes, tanto peninsulares como criollos, temerosos de perder sus beneficios económicos ante la concesión de dicha autonomía. Al gobierno español, por tanto, se le ofrecían dos alternativas: una retirada a tiempo, por un lado, y un enfrentamiento militar con

Estados Unidos de nada incierto (y muy negativo) resultado.

Pese a las continuas presiones de la prensa y de los sectores más intransigentes de la sociedad, tanto en Estados Unidos como en España, lo cierto es que hubo, no sólo en la década de los noventa sino a lo largo de la segunda mitad del siglo, múltiples intentos de llegar a una solución negociada. Sin embargo, España se enfrentó a los decepcionantes resultados de su deficiente política exterior (la diplomacia española había sido incapaz de articular un sistema de alianzas que protegiera al país de eventuales agresiones externas) y a las negativas consecuencias, para todos los países latinos, de las teorías darwinistas imperantes. Las consideraciones del Primer Ministro inglés, Salisbury, en plena guerra con los Estados Unidos, sobre las *living nations* (naciones vigorosas y crecientes, esto es, los países germánicos y anglosajones) y las *dying nations* (naciones moribundas, en decadencia, es decir, las naciones latinas) eran la expresión cristalina de una sensación de inferioridad de índole racial por parte de los españoles que, posteriormente a la derrota, alcanzó proporciones inmensas.

Los intentos de arbitraje internacional se estrellaron una y otra vez, no sólo contra la intransigencia de los Estados Unidos, sino con el claro proamericanismo del gobierno y la opinión pública británicas y la indiferencia del kaiser Guillermo. La "buena voluntad" francesa (producto en realidad del miedo a la *entente* anglosajona) no bastó siquiera para hacer frente al fervor bélico de una parte importante de los propios políticos españoles, ignorantes de la realidad y totalmente dominados por un mal entendido "orgullo patriótico".

Una vez se observó que la solución del arbitraje, así como otras posibilidades de alcanzar una solución negociada que resultase honrosa para el país, eran impracticables, el gobierno tomó la decisión de embarcar al país en lo que ha sido unánimemente conocido a partir de entonces como "El Desastre", esto es, la derrota absoluta y humillante a manos de los Estados Unidos, en una de las guerras más desiguales y estúpidas de la Historia. La derrota, un desastre en sí, lo fue mucho más por sus consecuencias, por la sensación de inferioridad y de decadencia que se

implantó en el pensamiento hispano durante varias generaciones, producto directo de la humillación de la guerra. En palabras de Carr: "Cuba fue arrancada a España por la derrota a manos de una potencia extranjera a la que la prensa había enseñado a despreciar como una nación de vulgares tocineros o a temer como un coloso. La destrucción pública de la imagen de España como gran potencia convirtió la derrota en un desastre moral. La derrota acabó con la confianza ya minada por la depresión económica y por la confusión política, y fue atribuida al sistema político que había presidido el desastre". (1984: 373)

La referencia de Carr a la prensa no es fortuita; como veremos a continuación, la prensa española fue la culpable directa de provocar las condiciones adecuadas para que se llegara a una guerra no deseada por nadie.

3) Los medios y la guerra

La guerra de Cuba significó, en el caso concreto de España, la aparición de la opinión pública, vehiculada a través de la prensa, como una forma efectiva de presión frente al poder. Los resultados de este nuevo fenómeno fueron indudablemente negativos para el país, y en términos generales, contribuyeron a establecer una teoría de los medios de comunicación de masas que afirmaba el poder omnímodo de los medios frente al indefenso cuerpo social.

En Estados Unidos tuvo lugar un fenómeno, con matices que posteriormente aclararé, similar al de España. La prensa, en ambos países, cumplió la función de incitar al enfrentamiento armado, lanzando toda clase de improperios contra el enemigo. En Estados Unidos, que contaba con una fuerte implantación de la prensa como cuarto poder, la Guerra de Cuba supuso la aparición del periodismo amarillo, principalmente acaudillado por W. R. Hearst. El magnate americano utilizó el conflicto para aumentar las ventas de sus periódicos, creando toda clase de historias (el caso de Evangelina Cisneros es paradigmático) y ahogando a la prensa seria

americana en un proceso de apropiación de la opinión pública que acabó obligando al presidente McKinley a entrar en guerra con España.

Estados Unidos era un país avanzado que contaba con un considerable público lector, atento a las noticias sobre la actualidad y participante en el debate político. La Guerra de Cuba nos ofrece el ejemplo de la manipulación de parte de este público lector mediante la exageración y el amarillismo de los periódicos de Hearst y otros medios de similares contenidos. Sin embargo, el caso de España es distinto.

España era un país atrasado, con una gran parte de la población analfabeta y unos medios de comunicación escritos de pequeña difusión, centrada en las grandes ciudades. Cuando hablo de "opinión pública" española no hago referencia a la mayoría de la población (ajena e indiferente, como era habitual, a las luchas políticas), sino a los reducidos públicos burgueses de las grandes ciudades (muy particularmente de la capital), cuyo pequeño número no les impedía monopolizar, a ojos de los políticos, la opinión pública. A un régimen parlamentario que era, como es sabido, falso, le correspondía una opinión pública también falsa, como la que nos ocupa.

No obstante, la reducida difusión de la prensa y el relativo tamaño potencial del público lector (y, en consecuencia, de esta "opinión pública") no fue óbice para presionar, al igual que en el caso de los Estados Unidos, al gobierno hasta conseguir el objetivo, que no era otro que la guerra.

Y mientras en Estados Unidos se mentía a propósito de las supuestas atrocidades españolas, en España las falsedades eran de una índole mucho más peligrosa, puesto que se referían al potencial bélico de ambos países. Sirva de ejemplo esta cita: "Aquel ejército expedicionario en Cuba (...) era contemplado desde la Península como una fuerza formidable... Tan es así que algunos insensatos proponían la invasión del territorio de Estados Unidos, al que se presentaba como una *potencia débil que necesitaría más de medio millón de soldados para proteger la inmensa longitud de sus costas*". (1998: 253)

Se falsearon descaradamente los datos sobre ambos ejércitos y se criticó acerbamente el "materialismo yankee" en contraposición con la "espiritualidad católica" hispana. La prensa fue pródiga en explicaciones conducentes a afirmar la superioridad de la "raza hispánica" y las malignas intenciones americanas.

Otra diferencia sustancial con la prensa estadounidense es que en España también la prensa seria se vio totalmente arrastrada al amarillismo y fue incapaz de argumentar con lógica al respecto de la guerra con Estados Unidos. Periódicos serios como *El Imparcial* (el más importante en la época) habían logrado doblar su tirada merced a la expectación causada por la guerra, olvidándose totalmente de los principios elementales de objetividad periodística.

La explosión del acorazado *Maine* en la bahía de La Habana, causa *oficial* de la guerra, encendió aún más el de por sí incendiario periodismo español favorable a la guerra, centrándose, faltos de otros argumentos con mayor calado en la realidad, en el argumento *supremo*: el honor de la Patria. Observemos los comentarios aparecidos en la prensa inmediatamente después de la explosión del *Maine*:

En estos momentos tiene el Ministerio del Sr. Sagasta la prueba más completa de que la opinión alarmada y todo como se halla, no opone el menor obstáculo a las gestiones del Gobierno y se encuentra dispuesta a secundarle cuanto haga falta, confiando en que ha de ser diligente en su defensa y en el mantenimiento de su honor y de sus derechos (*El Tiempo*)

El Gobierno liberal está perfectamente resuelto a hacer frente a los acontecimientos, sean los que fueren; para ello está en mejores condiciones que cualquier otro que se formara (*El Globo*)

Confiada en su derecho y en la corrección irreprochable de su conducta, España no por eso perderá la serenidad en la crisis pendiente. Tiene de su parte la opinión del mundo (*La Época*)

Si hemos de apelar al quijotismo, hagámoslo antes de que nos tomen mano y vez los yanquis (*Heraldo de Madrid*)

Esta nación de héroes y de mártires, de caballeros y de cristianos, es hoy como ayer la España de las grandes conquistas y de las grandes revoluciones, la España de Lepanto y del Dos de Mayo (*El Correo español*)

Todo debe aceptarse menos que se pisotee nuestro honor y se burle de nuestra paciencia ese pueblo de mercaderes que todo lo fia a sus millones (*La Correspondencia Militar*) .

Como es sabido, el potencial material de los Estados Unidos fue mucho más eficaz que el potencial de índole espiritual que, por lo visto, atesoraba España, y la derrota, total y absoluta, tuvo al menos la virtud de que la prensa entonara un *mea culpa* por su responsabilidad indudable en la exacerbación de las posturas que llevó al conflicto. Asimismo, la retórica épica, con constantes referencias al "glorioso pasado" del Imperio español, fue abandonada por unos años, hasta la llegada del franquismo.

4) Conclusión

Este breve recorrido por la actuación de la prensa española en la guerra ha tenido el objetivo fundamental de poner de relieve el anclaje en el pasado, en el tan manido recurso a la (heroica) Historia de España de un pueblo entonces incapaz de hacer frente a sus problemas inmediatos. La retórica épica, utilizada como recurso para ocultar las múltiples carencias hispanas y el complejo de inferioridad latente respecto a otros países mejor adaptados al mundo moderno, tuvo el efecto previsible: el país de *Quijotes* se estrelló ante los sólidos molinos de viento (que no gigantes) instalados por los *mercaderes* estadounidenses. Las consecuencias fueron nefastas; en lo que respecta a este sucinto estudio, quisiera apoyarme en dos voces inmediatamente posteriores a la guerra de Cuba y que, en distintos ámbitos, ilustrarán nuestra conclusión, que es doble:

En primer lugar, la guerra de Cuba tuvo el efecto inmediato, en el ámbito específico de los medios de masas, de alumbrar una valoración totalmente negativa de las masas enfrentadas a los nuevos medios de comunicación. El público (masa) será visto como un conjunto informe de individuos incapaces de responder a la manipulación mediática. El pensamiento conservador utilizará esta visión negativa de la sociedad

como pretexto para buscar líderes o guías del pueblo que las dominen totalmente. No es extraño que, en este contexto, Oswald Spengler afirmara de la prensa lo siguiente: "La prensa es hoy un ejército, con armas distintas, cuidadosamente organizadas; los periodistas son los oficiales; los lectores son los soldados. Pero sucede aquí lo que en todo ejército: el soldado obedece ciegamente, y los cambios de objetivo y de plan de operaciones se verifican sin su consentimiento. El lector no sabe nada de lo que sucede y no ha de saber tampoco el papel que representa. No hay más tremenda sátira contra la libertad de pensamiento". (1998: 713-714)

En segundo lugar, y con esto finalizo, la guerra de Cuba fue una ignominiosa manera de acabar una relación intensa de cuatro siglos con el Nuevo Mundo y particularmente con la isla de Cuba, verdadero arranque de la conquista y colonización de América. Pero quizás fue mejor así, ser conquistados por una potencia emergente como epílogo de una historia que fue, fundamentalmente, historia de conquista por la fuerza y de interés exclusivamente económico. Superada la época *heroica* de la Historia de España, y superadas también muchas de las reticencias que alejaron a la antigua metrópoli de las nuevas naciones americanas, es este un buen momento, sin duda, para impulsar las relaciones con una cultura tan íntimamente nuestra y que, sin embargo, hasta hace bien poco estaba postergada por la indiferencia de ambas partes; unas relaciones que ya no son de fuerza, sino de convivencia con nuestros afines. Escuchemos estas lúcidas palabras de Ortega y Gasset: "En toda auténtica incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo. La potencia verdaderamente substantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, *un proyecto sugestivo de vida en común*". (1988: 33)

5) Bibliografía citada

- Carr, Raymond, *España 1808-1975*, Barcelona, Ariel, 1984.
- Mattelart, Armand, *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid, Fundesco, 1993.
- Ortega y Gasset, José, *España invertebrada*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente* (dos vols.), Madrid, Espasa Calpe,

9

1998.

- V.V.A.A., *Historia y comunicación social*, número 3, 1998.